

al contrario, á proporcion del valor de esa autoridad que proviene de la observacion, se irritan de ver que ha añadido su peso contra ellos en la balanza. Si el capitán Hall no se hubiera convertido con lo que ha visto en la América septentrional, abandonando el partido de los *Whigs*, cuya fé profesaba y de cuyos principios ha dado testimonio en su descripción de la América del Sur, su libro habría sido mucho mas popular en Inglaterra, durante el período de estos dos últimos años de excitacion pública : quizas pasará largo tiempo sin que se haga justicia á la obra del capitán Hall, pero acaso no será menester tanto para que en nuestra patria se reconozca su mérito y se fije en ella la atencion nacional.



CAPITULO XXXII.

Expedicion al Niágara. — El Hudson. — West-Point ó Punta de Oeste. — Hyde-Parque. — Albania. — Yanquies. — Cataratas de Trenton. — Rochester. — Saltos de Genesis. — Lockport ó Puerto-Lock.



¡Cuán raudamente se deslizan las horas y semanas en una ciudad como la de Nueva-Yorc, especialmente cuando se disfruta de la amistad de algunas personas, que son del trato mas agradable que hallarse puede en ambos hemisferios! Pero todavía nos quedaba que emprender un largo viaje y que ver una de las maravillas del mundo.

El dia 20 de mayo nos pusimos en marcha para el Niágara. Tanto habia yo oido ponderar la hermosura extraordinaria y superior del rio Norte, que temia llevarme chasco, y encontrar mezquina la realidad despues de tan pomposas descripciones. Mas no alcanza la elocuencia humana á describir bien con todos sus esfuerzos los encantos de la naturaleza en cuadros como los que presenta el Hudson. A cada milla se descubre una combinacion nueva y

sorprendente de rocas, árboles y agua : desde el momento en que se emboca el río por Nueva-Yorc, hasta que se deja en Albania, siendo de 180 millas la distancia que se atraviesa, no se observa la mas ligera interrupcion de vistas pobres ó de paisages áridos.

Por espacio de veinte millas sobre la izquierda, presenta la márgen de la Nueva-Jersey, una muralla de roca, que por su forma perpendicular y sus hendiduras lineales llaman las Palizadas. Esta muralla se suele levantar hasta la altura de ciento cincuenta pies, y á veces se hunde en una profundidad de veinte. Cortan aquí y allí su uniforme semblante corrientes de agua que se precipitan por las grietas de las peñas, como serpientes de cristal; y por todas partes la brillante verdura del follage con la gala y esplendor del clima y de la sazón guarnece y taracea el sombrío valladar. En la orilla opuesta forma un contraste delicioso con los peñascales de enfrente la isla del Manhaten con su hojosa diadema tachonada de quintas y mansiones rústicas.

Pasada la isla, la ribera oriental va tomando por grados un carácter salvaje y montañoso, pero muy variado : bosques, prados, llanuras y encastilladas lomas; todo va presentándose á los ojos del viajero por una sucesion rápida,

conforme el gigante vapor va subiendo la corriente con su ordinaria velocidad.

El viaje durante muchas millas inspira un interes considerable, que es independiente de la magnificencia de la perspectiva, porque se pasa por varios puntos que fueron teatro de acontecimientos importantes de la guerra de la revolucion.

No pude mirar sin afliccion el sitio donde fué cojido el pobre André, ni el lugar de su egecucion.

Algunos fuertes, generalmente situados en las posiciones mas dominantes, muestran todavía en sus ruinas despedazadas por el cañon los sitios, donde fué lo mas reñido de la contienda. No dejé yo de experimentar, al contemplar aquellos escombros, el interes moral de que carece el territorio de un pueblo nuevo, interes sin el cual no hai viaje en mi sentir que dure mucho tiempo sin cansar el espíritu.

A unas cuarenta millas de Nueva-Yorc se entra en las Tierras-Altas ó «Highlands,» como llaman una cordillera de montañas que costea el río por uno y otro lado. Solamente viendo aquel sitio, se puede comprender su hermosura. La imaginacion pudiera figurarse sin violencia que las masas caprichosas que ha agrupado allí la naturaleza, y sus innumerables accidentes de luz y sombra tienen por objeto

formar el dechado de un tránsito ameno por medio de rocas, de bosques y de aguas. Tal vez se levanta de repente un pico que esconde su punta en las nubes, ó aparece como un magnífico relieve engastado en la superficie del cielo; luego se abre un hondo barranco, en cuyas hojosas quebradas y obscura sima se pierde el pensamiento. Por espacio de algunas millas parece que el río forma una sucesión de lagos; á menudo se encuentra el pasajero encerrado por todas partes en medio de un arco de rocas tajadas que suben desde las mismas márgenes del río, y luego que da la vuelta á una punta, la corriente sesga y vuelve á servir de espejo á nuevos sotos, praderas, y aldeas ó rancherías que se retratan en el fondo sereno de sus aguas.

La cárcel de estado de Canta-Canta (« Sing-Sing »), está edificada sobre la orilla misma del río sin ornamento ni belleza para templar las imágenes tristes que sugiere. « La Cueva del sueño » de Washington-Irving, que está por cima de la prision, restablece la tranquilidad en el corazón y refresca la fantasía con inspiraciones más alegres.

La Punta-de-Oeste, donde está la escuela militar de los Estados-Unidos, dista cincuenta millas de Nueva-Yorc. La escena que rodea el establecimiento es magnífica, y aunque los edi-

ficios de la institución están contruidos con la hermosa sencillez y clásica regularidad que señalan siempre las obras de los gobiernos, se hallan situados soberbiamente, y tan ceñidos de bosques que ofrecen un aspecto bellissimo. Las notas prolongadas de una corneta, que yo presumo que dirigia las maniobras del ejercicio de los alumnos, resonaban con penetrante y solemne dulzura, al tiempo de pasar nosotros por delante.

Como á unas treinta millas más lejos está Hyde-Parque, asiento magnífico del doctor Hosack. La cumbre nebulosa del remoto Kaatskill empieza á formar allí la línea de contorno de la perspectiva: sería difícil imaginarse recinto más ameno y pintoresco. En aquel parage pasamos un día con muchísimo gusto, y al otro día por la mañana volvimos á cortar las aguas en una de las fondas flotantes que llaman barcos de vapor. O este día, ó el anterior tuvimos á bordo doscientos pasajeros en la gran cámara, y todos se sentaron juntos á una mesa cubierta abundantemente y con muchísima elegancia. Una sucesión continua de quintas de familias ricas, muchas de ellas extremadamente lindas, guarnece las márgenes del río hasta Albania, á donde llegamos ya muy entrada la noche, pero no nos costó trabajo hallar una excelente posada.

Albania es la capital de estado de Nueva-Yorc, y posee varios edificios públicos muy buenos : allí se encuentran todavía algunas reliquias curiosas de los antiguos colonos holandeses.

De Albania salimos en una diligencia que nos condujo á distancia de diez y seis millas, porque quisimos evitar el sin número de esclusas que embarazan la entrada del canal del Erie. En Escenétedi nos embarcamos en uno de los *paquebotes* del canal para Utica.

Este modo de viajar puede ser muy agradable con una sociedad escogida y á gusto, un tiempo sereno y templado, y un viento fresco que ahuyente los mosquitos ; pero me es casi imposible trazar en mi imaginacion un motivo de comodidad que fuera suficiente para decidirme en circunstancias ordinarias á volverme á embarcar en semejantes *paquebotes*. Como las conveniencias son tan escasas, no hai Americano que, al poner el pie en el barco, no muestre en todas sus acciones un sistema de egoismo inflexible. La biblioteca, como llaman á un estante con diez ó doce libros, la mesa de chaquete ó tablas reales, los estrechísimos camarotes, la sombra de la cámara principal, todo se lo disputan de un modo que os hace envidiar la suerte del caracol : á lo menos yo

hubiera cedido entonces algo de mi dignidad humana, por el privilegio de encerrarme en una concha que hubiese sido mia, y solamente mia. A quien no ha oido en sus viajes sino cumplimientos, y le han dicho en todas partes : « Sentaos aquí ; en este sitio ireis con mas comodidad, » debia parecerle poco harmonioso el «ese es vuestro lugar, yo he cojido este primero. »

En las mugeres del Norte de América se nota cierta calma (hablo de las maneras exteriores de las que se encuentran por casualidad) que nunca llamaré yo dulzura. En los momentos de prueba, como por egemplo los de *fijar-se* á bordo de un *paquebote*, los hombres andan listos, obran resueltos, y comprometerán la comodidad de cualquiera, con tal que ellos no arriesguen lo mas leve de la suya. Las mugeres son rudamente obstinadas, y hasta que se termina el arreglo de las colocaciones, parecen puercos espines con todas las púas levantadas, y puestas en facha para impedir que se acerque nadie que pueda disputarles su acomodo. En circunstancias en que una Inglesa pareceria orgullosa, y una Francesa *nonchalante* (*), una dama americana parece enojada : hasta las muchachas mas lindas sacan el labio,

(*) Indolente.

fruncen las cejas y ponen un ceño tan áspero é intratable como sus bisabuelas.

Aunque no atravesabamos por el territorio de los Yanquies (« Yankees ») ó la Nueva-Inglaterra) pasabamos sin embargo bastante cerca para encontrar en las diligencias y barcos muchos modelos divertidísimos de esa raza singular. Yo por mi parte amo sobre manera á los Yanquies, pero confieso que no quisiera tener con ellos la mas ligera relacion de negocios, y que los evitaria con todo empeño cuanto posible me fuera, por no experimentar la verdad de su propia frase, á saber que no « fuesen demasiado agudos para mí. »

No es raro en estos tiempos trabajosos de nuestro mundo tropezar en todas partes con gentes, que llevan la agudeza hasta el lindero de la honradez, y aun á veces con quien tal vez salta un poquito al otro lado; mas yo creo que el Yanquí es el único entre todos los mortales que haga alarde de saltar á pie juntillas la barrera del honor y la probidad. No es cosa fácil dar una idea clara y exacta de lo que es un Yanquí: si oís definir su carácter á un Virginiano, lo creereis el diablo; si se os pintan ellos mismos, los tomareis por unos dioses, aunque un poco mañeros — Mercurio convertido en ciudadano notable y hecho hombre de bien. Matthews los ha representado muy bien

con respecto al, « Yo espero »—« Yo calculo »—« y se me antoja; » pero eso no es mas que la concha: mucho se esconde en ella de dulce y de amargo. En astucia, cautela, industria y perseverancia, se asemejan al Escoces; en costumbres de pulcritud frugal, se parecen al Holandés; en el amor del lucro se identifican con los hijos de Abraham; en la admision franca, y admiracion superlativa de sus cualidades y carácter no hai mas que ellos sobre la haz de la tierra.

Los cuáqueros han sido celebrados por el ahinco imperturbable con que evitan dar una respuesta directa; ¿pero qué cuáquero podria habérselas con un Yanquí en esta especie de esgrima? En efecto nada puede compararse con su extraordinario ingenio para eludir una pregunta, excepto la habilidad con que las hacen. Mucho temo echar á perder una conversacion que oí á bordo del *paquebote* del canal de Erie, ó quitarle su gracia, olvidando al referirla alguna de las palabras delicadamente dobles, cuyo disimulo me deleitó mucho, no obstante que no perdí tiempo para escribirla. Los dos interlocutores eran Yanquies, pero no se habian visto antes, ni tenian motivo tampoco para conocerse de oídas. Uno de ellos, despues de haberse informado poco á poco del punto de donde cada uno de los pasajeros que iban á

bordo, procedia, á donde se dirijia, y por qué causa, y con qué objeto, dió por último con la horma de su zapato.

— « Y pues, dijo el preguntador sempiterno á su hermano Zorrilla, ¿á dónde bueno por este rumbo?

— *Espero*, respondió su compatriota, que este canal corre bien hácia poniente.

— Y ¿se sigue hasta mui lejos?

— Por ahora no sé cuántas millas podrán ser á punto fijo.

— *Espero* que vendreis de Nueva-Yorc.

— Ciertamente que he estado muchas y muchas veces en Nueva-Yorc.

— Entonces *calculo* que no residís allí.

— Allí se puede hacer negocio residiendo ó yendo de paso.

— Bien lo podeis decir. Pues entonces veo que vais á las Fuentes (« the Springs »).

— La gente, segun dice todo el mundo, se deja ir hácia allá; debe ser cosa buena de ver, *espero*.

— ¿ *Calculais* deteneros mucho, cuando lleveis al término de vuestro viaje?

— Eso depende de mis negocios, y de la manera que se presenten.

— Se me *antoja* que teneis razon. Pero sin duda yo *calculo* que no dejará de tener parte

en vuestra expedicion algun objeto de placer, *espero* yo.

— No es línea en que entran á menudo mis quehaceres.

— Entonces no os debe llamar el sitio por esa línea.

— Las Fuentes es un sitio mui lujoso, me *parece*.

— *Calculo* que es vuestra salud lo que os hace salir de vuestra vida arreglada.

— La salud no me inquieta mucho, me *parece*.

— ¿No? Pues tanto mejor. ¿Cómo andan los mercados? ¿Han subido las harinas?

— No podré responderos con exactitud.

— Se ha hecho bastante dinero, buscando el artículo en la cabeza del manantial.

— Bien podeis decirlo.

— Pensais ver si se hacen grandes empleos en los productos del pais?

— *Espero* que costaria trabajo el saberlo.

— Yo *calculo* que hallareis los mercados mui variables estos dias.

— Los mercados no estan mui frecuentemente sin variar.

— Y que es mucha verdad. ¿Cuál puede ser vuestro principal artículo de productos?

— *Calculo* que generalmente mi principal artículo es el en que empleo mas.

— Bien decis. Pero ¿qué ramo es el que principalmente llamais vuestro ramo particular?

— Eso es lo que yo no puedo decir á punto fijo. »

Y de este modo continuaron su diálogo mis dos Yanquies sin adelantar ni ceder un palmo de terreno, mientras yo no me cansé de oírlos; pero al fin no pudiendo soportarlo mas tiempo, los dejé mui enfrascados en él, y salí de la cámara á ocupar mi sitio sobre un arcon de la proa del *paquebote*, donde asenté en mi libro de notas el citado egemplo de la conservacion yanquí.

El cauce abierto para el canal del Erie corre gran trecho por medio de rocas sólidas, y así pasamos muchas veces por entre magníficas montañas. Las cascadas del Mohauca forman un cuadro interesante; los peñascos por donde el rio se precipita, ofrecen á la vista las formas mas fantásticas. La cascada ó caída continúa por espacio de cerca de una milla, y sobre la orilla se levanta una ranchería preciosa que llaman los Pequeños-Saltos. Como en aquel punto hai tantas esclusas, dejamos el barco, para mejor disfrutar las hermosas vistas de la perspectiva, que ofrece algunas veces los cuadros mas salvajes. Lo mismo hicieron otros varios pasajeros, y yo me divertí mucho con uno

de nuestros Yanquies, que nos acompañó mui cortesmente, señ al ándome la esterilidad y abandono del pais, y excusando á sus compatriotas de la tacha que sobre ellos podia caer, con decir que la propiedad que veíamos, habia pertenecido á un Ingles; « y perdonadme, señora, continuó nuestro acompañante, pero cuando *el Ingles toma* una posesion de terreno agrío como este, *no saben ellos* aprovecharlo como nosotros; ahora lo *vendieron* el Ingles, y si lo vierais de aquí á cinco años, no lo conoceriais. Apostaré yo que pronto salen de esos andurriales diez ó doce factorías: verdaderamente es una vergüenza dejar ocioso un privilegio de agua como este. »

Llegamos á Utica á las doce del dia siguiente, un poco asados con el sol durante el dia, y algo mas que cocidos con el calor de una cámara embutida de pasajeros por la noche: gracias al zumo de limon y al agua de nieve (sin azúcar) que no nos sacaron convertidos en momias del dichoso *paquebote*; porque en efecto yo creo que sin ese delicioso cordial, los abanicos de pluma y el agua de Colonia, todos nos hubieramos ahogado. El termómetro estaba á noventa grados.

A las dos salimos de Utica en un carruage abierto mui agradable, para visitar las cataratas de Trénton, distantes catorce millas de un